

CAPÍTULO 18

La misericordia de Dios

Padre santo, tu sabiduría suscita nuestra admiración, tu poder nos llena de temor, tu omnipresencia convierte cada rincón de la tierra en tierra santa; pero ¿cómo agradecerte suficientemente tu misericordia, que desciende hasta lo más bajo de nuestra necesidad para darnos belleza en lugar de ceniza, óleo de alegría en lugar de luto, y para el espíritu de tristeza un manto de alabanza?

Bendecimos y magnificamos tu misericordia, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Cuando, mediante la sangre de la alianza eterna, los hijos de las sombras alcancemos por fin nuestro hogar en la luz, tendremos mil cuerdas en nuestras arpas, pero la más dulce bien puede ser la que esté afinada para hacer sonar más perfectamente la misericordia de Dios.

Pues ¿qué derecho tendremos a estar allí? ¿Acaso no participamos con nuestros pecados en aquella impía rebelión que temerariamente trató de destronar al glorioso Rey de la creación? ¿No anduvimos en otro tiempo según la corriente de este mundo, según el príncipe malo de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia? ¿No vivimos todos en los deseos de nuestra carne? ¿Y no éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás?

Pero nosotros, que una vez fuimos enemigos y alienados en nuestras mentes por obras perversas, entonces veremos a Dios cara a cara y Su nombre estará en nuestras frentes. Nosotros, que merecimos el destierro, gozaremos de la comunión; nosotros, que merecemos las penas del infierno, conoceremos la dicha del cielo. Y todo por la entrañable misericordia de nuestro Dios, por la que la Aurora de lo alto nos ha visitado.

Cuando todas Tus misericordias, oh mi Dios, Mi alma que se eleva examina,
Transportada con la vista, Me pierdo En la maravilla, el amor y la alabanza.

Joseph Addison

La misericordia es un atributo de Dios, una energía infinita e inagotable dentro de la naturaleza divina que dispone a Dios a ser activamente compasivo. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento proclaman la misericordia de Dios, pero el Antiguo tiene más de cuatro veces más que decir al respecto que el Nuevo.

Deberíamos desterrar para siempre de nuestras mentes la noción común pero errónea de que la justicia y el juicio caracterizan al Dios de Israel, mientras que la misericordia y la gracia pertenecen al Señor de la Iglesia. En realidad, no hay en principio ninguna diferencia entre el Antiguo Testamento y el Nuevo.

En las Escrituras del Nuevo Testamento hay un desarrollo más completo de la verdad redentora, pero un Dios habla en ambas dispensaciones, y lo que habla concuerda con lo que Él es. Dondequiera y cuandoquiera que Dios se aparece a los hombres, actúa como Él mismo. Ya sea en el Jardín del Edén o en el Jardín de Getsemaní, Dios es misericordioso y justo.

Él siempre ha tratado con misericordia a la humanidad y siempre tratará con justicia cuando Su misericordia sea despreciada. Así lo hizo en los tiempos antediluvianos; así lo hizo cuando Cristo caminó entre los hombres; así lo hace hoy y lo seguirá haciendo siempre, sin otra razón que la de ser Dios. Si pudiéramos recordar que la misericordia divina no es un estado de ánimo temporal, sino un atributo del ser eterno de Dios, ya no temeríamos que algún día dejara de serlo.

La misericordia nunca comenzó a ser, sino que desde la eternidad fue; por eso nunca dejará de ser. Nunca será más, puesto que ella misma es infinita; y nunca será menos, porque lo infinito no puede sufrir disminución. Nada de lo que ha ocurrido o de lo que ocurrirá en el cielo, en la tierra o en el infierno puede cambiar las entrañables misericordias de nuestro Dios. Su misericordia permanece para siempre, una inmensidad ilimitada y abrumadora de piedad y compasión divinas.

Así como el juicio es la justicia de Dios que se enfrenta a la injusticia moral, la misericordia es la bondad de Dios que se enfrenta al sufrimiento y la culpa humanos. Si no hubiera culpa en el mundo, ni dolor ni lágrimas, Dios sería infinitamente misericordioso; pero su misericordia podría permanecer oculta en su corazón, desconocida para el universo creado.

Ninguna voz se alzaría para celebrar la misericordia de la que nadie siente necesidad. Son la miseria y el pecado humanos los que invocan la misericordia divina.

"¡Kyrie eleison! Christe eleison!" ha suplicado la Iglesia a lo largo de los siglos; pero si no me equivoco, oigo en la voz de sus súplicas una nota de tristeza y desesperación. Su grito lastimero, tan a menudo repetido en ese tono de resignado abatimiento, nos obliga a inferir que está rezando por una bendición que en realidad nunca espera recibir. Puede seguir cantando obedientemente la grandeza de Dios y recitando el credo infinitas veces, pero su súplica de misericordia suena como una esperanza desamparada y nada más, como si la misericordia fuera un don celestial que se anhela pero nunca se disfruta realmente.

¿Podría nuestra incapacidad para captar la alegría pura de la misericordia experimentada conscientemente ser el resultado de nuestra incredulidad o de nuestra ignorancia, o de ambas? Así ocurrió una vez en Israel. "Les hago constar", testificó Pablo de Israel, "que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia". Fracasaron porque había por lo menos una cosa que no sabían, una cosa que hubiera hecho la diferencia.

Y de Israel en el desierto dice el escritor hebreo: "Pero la palabra predicada no les aprovechó, por no haber sido mezclada con fe en los que la oyeron." Para recibir misericordia primero debemos saber que Dios es misericordioso. Y no es suficiente creer que Él una vez mostró misericordia a Noé o Abraham o David y que volverá a mostrar misericordia en algún feliz día futuro. Debemos creer que la misericordia de Dios es ilimitada, gratuita y, a través de Jesucristo nuestro Señor, disponible para nosotros ahora en nuestra situación presente.

Podemos suplicar misericordia durante toda una vida en la incredulidad, y al final de nuestros días no ser más que tristemente esperanzados de que en algún lugar, alguna vez, la recibiremos. Esto es morir de hambre justo fuera del salón del banquete al que hemos sido calurosamente invitados.

O podemos, si queremos, aferrarnos a la misericordia de Dios por la fe, entrar en la sala y sentarnos con las almas audaces y ávidas que no permitirán que la desconfianza y la incredulidad les impidan disfrutar del festín de cosas ricas preparado para ellas.

*Levántate, alma mía, levántate; Sacude tus temores culpables; El sacrificio sangrante En mi favor aparece:
Ante el trono está mi Fiador, Mi nombre está escrito en Sus manos. Mi Dios está reconciliado;
Su voz perdonadora oigo: Él me tiene por su hijo; ya no puedo temer:
Con confianza me acerco ahora, y clamo "Padre, Abba, Padre".
Carlos Wesley*